

La Verdad Religiosa

Revista mensual.

APOSTOLADO DE SANTO DOMINGO



AL reflexionar sobre la vida que el Patriarca de la Orden de Predicadores hizo en la tierra, espontáneamente brotan de nuestros labios aquéllas sublimes palabras del Profeta Isaías: «Mirad cuán hermosos son los pies de los que anuncian la buena nueva del Evangelio, la buena nueva de la verdadera paz», porque, en efecto, á imitación del Divino Maestro, Santo Domingo pasó por la tierra haciendo bien.

Compara la Santa Iglesia á los Apóstoles del Evangelio con nubes cargadas de agua, que por donde quiera que pasan riegan y fecundizan la tierra con su abundante rocío de bendición y de salud, á diferencia de los Apóstoles del error que el Apóstol San Judas compara con nubes sin agua, desprovistas de rumbo fijo y arrastradas de un lado para otro al acaso por los vientos de las pasiones. Y está clara la razón de la semejanza señalada por la Iglesia. Pues así como las nubes se forman con el agua evaporada por el calor del sol, así también los Apóstoles se forman con las aguas de la tribulación reducidas á vapor tenue por el fuego de la caridad que hace suave y ligero el peso de las tribulaciones. Y así como las nubes se remontan,

muy por encima de la tierra y á su debido tiempo la fertilizan, así los Apóstoles, cerniéndose en las alturas, elevados sobre todas las aficciones terrenas, tienen su conversación en el Cielo, y de allí hacen descender las gracias que van poco á poco transformando el mundo.

Todo esto aparece de relieve en la vida de Santo Domingo de Guzmán. Sucedió en efecto que, orando un día el Santo Patriarca en la Basílica romana de San Pedro en el Vaticano, apareciósele los gloriosos Apóstoles San Pedro y San Pablo. Este le dió un libro con sus Epístolas, y aquél, poniéndole en sus manos un báculo, le dijo: «Vé, y predica por todo el mundo, pues para esto has sido elegido por Dios».

En otra ocasión, orando nuestro Santo en la misma Iglesia, vió en visión que Dios, profundamente indignado con los hombres, se disponía á asolar la tierra con dos dardos encendidos. Los tres pecados que según San Juan inficionan por completo el mundo, la soberbia, la avaricia y la deshonestidad, habían llenado la copa de la indignación divina que estaba á punto de rebosar. En tales circunstancias presentóse la Santísima Virgen, y, postrada á los pies de su Divino Hijo, le pedía con inefable ternura que se apiadase del mundo, y, al fin, poniéndole delante dos respetables varones, le dijo: *Aquí tienes, Hijo mío, dos fieles siervos tuyos que, recorriendo el mundo, y predicando la reforma de costumbres, calmarán tus iras y renovarán la faz de la tierra.* Y como la Virgen estrechase cada vez más á su Hijo con tan tiernas súplicas, al cabo accedió el Señor á los ruegos de su Stma. Madre y perdonó por entonces al linaje de Adám. Entonces llamó la Virgen hacia sí á Santo Domingo, pero este no se atrevió á llegarse, hasta que el mismo Señor se lo mandó. Más, ¡cuál fué su asombro al contemplarse á sí mismo en uno de aquellos hombres presentados por María á su Santísimo Hijo!

Otro de los distintivos del Apostolado es ser los Apóstoles en algún modo columnas de la Iglesia. Compárase en los Libros Santos la Iglesia con un sublime Alcázar, cuyo fundamento es Cristo, verdadero Dios y Hombre, cuyas columnas son los Santos Apóstoles, y cuyas demás piedras son los fieles, adaptado cada cual por medio de tribulaciones, al lugar que le corresponda en aquel Alcázar divino. Cuál fuera el destino que según esta concepción mística de la Iglesia, quería el Señor dar á Nuestro Santo Patriarca, manifestóselo en vida el mismo Dios á Santo Domingo del modo siguiente:

Había acudido nuestro Santo á Roma á pedir al Sumo Pontífice la aprobación de su Orden. Inocencio III, que entonces regía los destinos de la Iglesia, no creía oportuno instituir nuevas Ordenes religiosas, especialmente entonces que acababa de celebrarse el IV Concilio de Letrán, en el cual se había determinado que, lejos de fundarse nuevas Ordenes, se trabajase sólo por reformar las antiguas. A pesar de esto el Papa quiso examinar detenidamente el asunto. Mas á la noche siguiente tuvo un misterioso sueño; vió que la Basílica de Letrán, Madre y Cabeza de todas las Iglesias, iba á desplomarse. El templo levantado por Constantino, como monumento de la libertad concedida por este emperador á la Iglesia, iba á desaparecer. La iglesia retrocedía á los tiempos de persecución de los primeros siglos; el Cristianismo iba de nuevo á esconderse en las Catacumbas. En tan críticas circunstancias ve á un hombre acercarse á la Basílica, y arrimar sus hombros al edificio que amenazaba desplomarse; y merced á esto la Basílica se libró de la inminente ruina. Despertó entonces el Pontífice y, como al siguiente día volviese Santo Domingo á gestionar la aprobación de su Orden, Inocencio III reconoció en él al hombre providencial de la noche anterior, compren-

dió al punto su misión apostólica, y aprobó inmediatamente la Orden que Santo Domingo deseara establecer en la Iglesia.

FR. J. O.



LA ASUNCIÓN

I.

ESTAMOS en un hermosísimo jardín del cielo. Bajo un frondoso árbol de espeso follaje, cuyos frutos y hojas sirven para salud de las gentes, están departiendo en amigable consorcio multitud de espíritus celestes. Conozco entre ellos á Miguel y á Rafael; otro hay con arpa en la mano, debe ser David; aquellos dos se parecen á Daniel y á Isaías. No sé quienes son los demás.— Por medio del jardín pasa un río de agua viva y límpida como un cristal. Allá lejos, cabe un trono fulgentísimo, en donde reside la majestad de Dios y el Cordero, tiene su origen la fuente caudalosa de donde mana.

No se vé sol ni luz de estrellas en esta deliciosa mansión; pero en cambio está iluminada por una claridad de sumo resplandor, que brota á torrentes del trono de la Divinidad. A la derecha del solio divino vése el Cordero, sentado en medio de siete candelabros de oro, vestido de níveo ropaje sacerdotal y ceñido el pecho con dorada banda. Junto al Cordero hay un magnífico trono de oro, engastado en piedras preciosas y circundado de doce estrellas muy brillantes; nadie se sienta en él, pero está dispuesto como para ser pronto

ocupado por algún gran rey ó ilustre personaje.—Nube esplendente como visión de esmeralda envuelve las cercanías del trono de Dios y del Cordero.

Siéntese en todo el cielo mucho movimiento; inmenso regocijo inunda los pechos de los celestes moradores; por doquiera se ven galas y adornos, óyense músicas, dulcísimas melodías: todo respira inusitada alegría.

Oigamos la conversación del angélico grupo.

Un ángel: ¿Qué es eso? ¿qué objeto tienen estas fiestas y regocijos tan extraordinarios?

Miguel: Lo ignoro.

Rafael: ¿Cómo? Tú, nuestro príncipe, jefe de todo el celeste ejército ¿ignoras los motivos de estos festejos? ¿no sabes para quién es el trono espléndido que está aparejado junto al Cordero?

Miguel: Confieso mi ignorancia. Vosotros bien sabéis que mientras la divina idea no ilumine nuestros entendimientos, nos es imposible conocer de Dios los secretos. Sin embargo algo presumo.

Isaías: Yo casi lo sé de cierto.

Todos: Dínos qué es. Lo deseamos con ansia.

Isaías: Ahora recuerdo una de mis proféticas visiones de cuando vivía allá en el suelo. Ese hermoso trono se parece muchísimo á una nube de fulgente resplandor que yo he visto subir un día hacia el Carmelo. Envuelta en ella iba la imágen de la futura Madre del Verbo, coronada de brillantes estrellas. Para María debe ser ese solio y en honor suyo estos festejos. Eso sospecho.

Todos: Quizás sea cierto.

Rafael: Pero entonces ¿cómo no lo sabe Miguel, pues será necesario que en busca de María vaya con los celestes escuadrones, que ahora están dispersos por la inmensidad del cielo?

Miguel: No me preocupa eso. Me basta un instante para reunir todo mi ejército.

Rafael: Lo sé, pero ya debiera estar presto.

Miguel: Aún no he recibido órdenes, ni se me ha comunicado este misterio, y me extraña, porque en las grandes solemnidades suele Dios hablarme presto.

Daniel: Pues ésta, según las apariencias, va á ser singular.

David: Yo sólo una vez, cuando subió el Verbo, he visto semejantes preparativos en este dichoso reino.

Un ángel: ¡Calla! Ahora vamos á conocer este misterio. Allí viene Gabriel, el divino Secretario, el que anunció á María la encarnación del Verbo. Quizás Dios le haya revelado este secreto. Parece que viene muy gozoso.

II.

Entra Gabriel en el jardín, radiante de júbilo. Salúdale respetuoso en nombre de todos

Miguel: ¡Dios te salve, Secretario del Excelso, feliz sea tu venida y grata á todos tu presencia!

Gabriel: En busca tuya vengo.

Miguel: ¿Cómo? ¡Vos mismo, querido compañero, príncipe, cual yo, de este reino!.. No era necesaria tu venida, bastaba que me dirigieses tu idea ó que de los inferiores coros me enviases un mensajero.

Gabriel: Es de suma importancia este negocio, y no quise comunicártelo por otro medio.

Miguel: ¿Quieres que solos departamos?

Gabriel: No. A todos interesa este asunto, y bien sé que todos desean conocerlo. Es natural: los grandiosos festejos, que se preparan en todo el celeste imperio son para excitar la curiosidad de toda la angélica corte. Satisfaré vuestros anhelos en este momento.

Todos: ¡Bendito seas, Secretario del Omnipotente!

Gabriel: Cual con frecuencia suelo hacerlo, bajé ayer á la tierra á visitar á nuestra querida Reina, la Madre del Verbo. Hermosa la encontré, dulce y afable como siempre, pero llena de tristeza. «¿Cuándo, dí Gabriel,—me dijo,—cuándo se acaba mi destierro? Dí á mi Dios que muero de amor; mi corazón ya no puede sufrir el incendio en que arde.» Oí su súplica y humilde postréme en su acatamiento; desplegué luego mis alas y volé al cielo á presentar la oración de María en el Consistorio del Eterno. Ya eran conocidos en el divino Consejo sus anhelos, y quiso Dios que se cumpliesen al momento. A esto se ordenan los regocijos que se disponen en

todo el cielo.—Ahora, Miguel, pon en orden tu ejército; pues quiere el Altísimo que numerosa falanje, coros enteros, vayamos al encuentro de nuestra Reina.

Todos: ¡Feliz día! ¡Gloria á nuestra excelsa Emperatriz! Vamos á recibirla.

Alzanse presurosos, y óyese potente en todos los ámbitos de la mansión celeste la voz de

Miguel: ¡Vengan al momento los escuadrones todos del agosto imperio!

Isaías á David: Prepara tu arpa.

David: Ya está; nunca como hoy sacaré de sus cuerdas melodiosos acentos.

Harmonías infinitas resuenan en todo el cielo, mientras alado y brillantísimo ejército de cantores y músicos comienza á salir por las puertas eternas á las órdenes de Miguel. El espacio inmenso puéblase al instante de espíritus celestes, que llenan la distancia inmensurable desde la tierra al cielo empíreo.

III.

Nos encontramos en Jerusalén. A la orilla del camino que va á Getsemaní vése una pobre casita. Dentro en una habitación modesta yace reclinada en su lecho la Santísima Virgen. Rodéanla los Apóstoles y otros discípulos del Señor, que por divina inspiración, como refiere San Juan Damasceno, vinieron de todo el mundo, para asistir á María en sus últimos momentos. Falta Tomás Dídimio. Entre llantos y suspiros habla á María el discípulo predilecto de Jesús

Juan: Madre querida ¿cómo nos dejas? ¿adónde iremos, después que tú te vayas, á buscar consuelos? Cuando ven-gamos fatigados de nuestras apostólicas tareas ¿en quién hallaremos reposo, si tú te ausentas?

Todos: ¡Oh no nos abandones, dulce Señora y Madre nuestra! Sin tí nos es intolerable la vida.

María: No lleréis, hijos queridos; pues aunque os falte mi corporal presencia, no os faltará mi cariño, no os faltarán mis consuelos. Por vosotros rogaré en el cielo, y en vuestras tristezas vendré á veros.—Tú, Pedro, mira por todos, como te lo ha encargado tu Maestro. Dirige bien la nave de

la Iglesia, y sabe cierto que junto al timón estaré yo contigo siempre. Si te ves en peligro, acuérdate de mi nombre, que significa *Estrella de los mares*. No temas; llegarás al puerto.

—Y tú, querido Juan, no te olvides de cantar, como tú sabes, los amores de mi Hijo; cuenta al mundo los secretos de su Divinidad y los altos misterios que aprendiste recostado sobre su pecho.

—A tí, Santiago, nada te digo. Ya sabes lo que te mandé en aquella visión á orillas del Ebro. España es mi nación predilecta; cultivala con esmero.

Adios todos; ya os visitaré desde el cielo.

Calla María, y todos los Apóstoles lloran en silencio. En la alcoba se respira un aroma divino, que á todos comunica celestiales consuelos.

IV.

Entra Jesús con vestidos sacerdotales, rodeado de inmensa gloria. Trae en sus manos la Eucaristía, y le acompañan innumerables ángeles. Ofrece la comunión á la Santísima Virgen, que se extasía en un ímpetu de amor.

Jesús: ¡Oh Madre mía!...

María: ¡Bien mío, Hijo mío y Dios mío!...

Los Apóstoles no ven á Jesús; pero ven iluminarse de repente el rostro de María, el cual se tornó más resplandeciente que el sol y perciben una vaga y dulcísima armonía. Pasan unos momentos de sublime silencio. Dirige la Santísima Virgen una mirada muy tierna hacia el cielo, y expira dulcemente.

Ya no lloran los Apóstoles; inefable júbilo sienten en sus almas, y radiantes de alegría, cantando himnos y salmos, envuelven el sacratísimo cuerpo de la Virgen en blanco sudario, y lo conducen con mucha pompa á Getsemaní, encerrándolo en gracioso túmulo. Allí permanecen tres días, cantando alabanzas á Dios y escuchando celeste melodía, que entonan con mucha suavidad seres invisibles. Al tercer día se desvanece el canto angélico, y habiendo llegado el apóstol Tomás, abren á ruegos de éste el sepulcro, para ver por última vez el cuerpo sagrado en que el Verbo eterno se

había hecho carne; pero sólo encuentran la sábana en que lo habían envuelto.

Dispérsase de nuevo el Colegio apostólico.

V.

Por el espacio inmenso sentada sobre una nube brillantísima, en compañía de infinitos ángeles y santos, sube María llena de gloria y majestad, coronada de estrellas, vestida del sol y sirviéndole de estrado real la luna y otros planetas. Están cerradas las puertas del cielo, y dentro óyese un canto de suavísima armonía. También suben cantando los coros que acompañan á la Virgen. Al llegar á los celestes atrios entona desde afuera

David: Abrid, oh príncipes, vuestras puertas, ábranse las puertas eternas, para que entre la Reina de la Gloria.

Responde del interior del cielo un

Coro de ángeles: ¿Quién es esa Reina de la Gloria?

David: Es una Señora fuerte y poderosa, es una Señora de invicta fortaleza en las luchas de la vida.

Repiten todos los ángeles que acompañan á María en tonos de sublime inspiración

Coro: Abrid, oh príncipes, vuestras puertas, derríbense las puertas eternas, para que entre la Reina de la Gloria.

Coro de dentro: ¿Quién es esa Reina de la Gloria?

Coro de afuera: ¡Es la Señora de las virtudes, Ella es la verdadera Reina de la Gloria!

VI.

Abrense, por fin, las puertas del cielo, y aparece éste cual lo hemos visto al principio.

Entra María con todo su acompañamiento. Desde su fulgente trono, en el cual está sentado á la diestra del Padre, dice con dulcísimo acento

Jesús: «¿Quién es esta que viene del desierto cual sube columna de humo de los más ricos y fragantes aromas?

¡Oh qué hermosa eres, amiga mía, qué hermosa! Bellos son, oh Madre, tus ojos como los de la paloma, tus cabellos rubios como la dorada cabra que sube de Galaad; tus dien-

tes blanquísimos; como escarlata tus labios; dulce tu voz y más esbelta que la torre de David es tu garganta.

Toda eres hermosa, querida mía, tu belleza sin igual no está afeada por ninguna mancha.

Ven pues, ¡oh amada!, ven del Líbano, y serás coronada con lirios de Amana y flores de Sanir y Hermón.

Alabadla, hijas de Jerusalén».

Adelántase María hasta el trono de la Trinidad beatísima, á la cual adora con profunda reverencia. Colocan en su cabeza las tres divinas Personas una corona riquísima, orlada con infinitos diamantes, margaritas, rubíes y otras muchas piedras preciosas, más brillantes que las estrellas. Siéntase la Virgen en un magnífico trono, mientras toda la corte celestial entona este canto á su Reina:

«Más hermosa eres que todas las hijas de Jerusalén, más bella que el sol; más que día de primavera, engalanada con todas las flores y lirios de los valles, que exhalan aromas de mirra, y cinamomo y bálsamos suavísimos.

Eres como cedro en la cumbre del Líbano y como ciprés mayestático en la cima de Sión; de este modo te yergues tú entre nosotros, que humildes besamos tus pies.

Dichosa eres, oh María, Virgen y Madre de Dios; todo se ha cumplido en tí, porque has creído; y ahora eres exaltada como Reina y Señora sobre todos los cielos, encima de todos los angélicos coros.

Bendita seas oh Emperatriz soberana, bendito sea tu nombre.

Cielos y tierra, ángeles y hombres cantad sus loores»...

FR. J. GRAÍN.





MUERTE PRECIOSA

A Nuestro Patriarca Santo Domingo de Guzmán

Murió Domingo el luminar brillante
 De la iglesia de Dios; más fué su muerte
 En todo semejante
 A la muerte del justo, cuya suerte
 Es dormirse en el suelo
 Y despertar con Dios allá en el cielo.
 Su postrimer suspiro
 Recogieron solícitos los ángeles
 En urnas de záfiro,
 Y alzando el rauda vuelo,
 De Dios á la presencia
 Elevaron su alma esclarecida
 Ornada y revestida
 Con la estola real de la inocencia.

Los coros celestiales resonaron
 Con himnos de alabanza,
 Que á sus divinas liras arrancaron
 Los lauros con que vieron adornado
 Al nuevo campeón. Por las esferas
 Volaron armonías placenteras,
 Repetidas de uno en otro coro,
 Y las salas celestes inundaron
 Y al fin se compendiaron
 En este himno sonoro:

«¡Gloria al ilustre campeón de Cristo!
 ¡Gloria al que ha visto
 Roto en pedazos de Luzbel el cetro!
 ¡Gloria al guerrero que luchó valiente
 Contra las huestes que el error movía!
 ¡Gloria al que supo quebrantar la frente

De la infernal serpiente,
Que entre blasfemias vomitaba, impía,
El veneno mortal de la herejía!
¡Gloria al caudillo que formó guerrera
Falange de adalides
Y en ellos infundió el valor que ardiera
En su pecho de apóstol y le hiciera
Salir triunfante en mil gloriosas lides!
¡Gloria al apóstol, al caudillo, al santo
Que fué del mundo antorcha refulgente,
Lumbrera de la fe. ¡Gloria y loores!
Se den eternamente
Al hombre que en la tierra ardió en amores
De caridad ardiente!
Reciba ya sobre la casta frente
La diadema florida
Que sus virtudes tienen merecida!...»

Así cantaron los celestes coros,
En tanto que Domingo, presentado
Ante el trono de Dios, fué coronado
Con diadema de gloria inmarcesible,
Diadema que, apacible,
La Reina celestial puso en la frente
Del que fué su devoto más amante,
Y luego, sonriendo dulcemente,
Le asentó sobre un trono distinguido
Entre el coro lucido
Que rodea su trono refulgente,

De nuevo resonaron
Los himnos de alabanza
En los espacios del inmenso cielo.
Y de Domingo los amantes hijos
Que con llantos prolijos,
En este bajo suelo,
La pérdida del Padre lamentaban,
Sintieron que sus pechos se inundaban
De alegría, de gozo y de esperanza
Y trocaron los cantos de amargura
En voces de alabanza,
Pues la gloria que el Padre recibía
En la celeste altura

En sus almas también repercutía,
Llenándolas de paz y de dulzura.

Ilustres hijos de tan santo Padre,
El santo empeño con que honráis su día,
El gozo y la alegría.

Que vuestro pecho llenan claro dice
Que aún no olvidásteis que en el alto cielo

Tenéis un Padre que con santo anhelo
Vuestras empresas sin cesar bendice.

Imitad los ejemplos de su vida
En ciencia y santidad esclarecida;

Conservad con amor sus tradiciones,
Y ostentaréis con gloria sus blasones.

FR. J. PRIETO.



EFECTOS DE UN RAYO

Protección de Santo Domingo

El siniestro que ocurrió el día 16 de Julio en la Iglesia monumental de San Esteban, fué acompañado de tales circunstancias que bien podemos atribuir á un especial favor de nuestro Patriarca Santo Domingo de Guzmán el no haber producido mayores estragos.

Eran las dos y media de la tarde, cuando los religiosos empezaron en el coro el rezo de Vísperas y ya entonces la tormenta bramaba iracunda en el exterior, rugiendo amenazas y amagando catástrofes. Siguió á las Vísperas el canto de las Completas y, aunque el ruido del órgano y el canto del coro no permitía escuchar el estampido de los truenos en toda su intensidad, bien se comprendía que la tempestad arreciaba y se iba acercando, precedida de tinieblas.

Terminaron los religiosos las completas y empezaron á cantar el responsorio *O spem miram*, tiernísima plegaria en

que la Orden Dominicana recuerda todos los días el testamento de su Santo Patriarca, la dulce esperanza que en su lecho de muerte legó Santo Domingo á sus hijos, prometiéndoles que desde el cielo les ayudaría siempre con su intercesión; ya llegaba el coro á las palabras de la reasunción, *imple Prater quod dixisti-cumple, ¡oh Padre! lo que prometiste...*, cuando de repente oyóse dentro de la iglesia un estampido seco y estallante, cual si la bóveda se hubiese rajado en toda su extensión, ó el maderaje del techo crujiendo se partiera, al mismo tiempo que, oblicuamente y en rápido ziz-zag, una ráfaga luminosa cruzaba el espacio desde lo alto de la cúpula hasta el suelo, desapareciendo junto al altar de Santo Domingo. La impresión que recibieron los religiosos fácilmente puede imaginarse; el que tocaba el órgano, al oír el estallido y ver en el espejo que tenía de frente el resplandor coruscante, dejó el teclado y huyó despavorido; los demás suspendieron el canto un momento, pero reponiéndose en seguida, prosiguieron serenos la plegaria hasta terminar, *imple Pater quod dixisti, nos tuis júvans precibus-cumple ¡oh Padre! lo que prometiste, ayudándonos con tus oraciones*. Sin duda que el Santo las atendió desde el cielo, pues al examinar el lugar en que había caído la chispa eléctrica, no se halló vestigio alguno por donde se notase que había penetrado en el suelo, ni se vieron otras señales de su paso que unas cuantas astillas y un florero hecho añicos, producidos por dos ó tres pedruscos de pequeño tamaño arrancados á un nervio de la bóveda. A los pies de la imágen de Santo Domingo vino á parar, perdiendo allí su potencia destructora, como corcel desbocado que, sujeto por una mano vigorosa, vése obligado á detenerse en su desatentada carrera. El haber sucedido esto á una hora en que estaba el crucero de la iglesia desierto fué otra circunstancia que evitó seguramente desgracias personales.

Poco después, algunos religiosos más previsores, observando desde diversos lugares de la casa que permitían ver el tejado, vieron que por junto á la cruz del cimborrio, por donde según se supo después había penetrado el rayo, salía humo é inmediatamente dieron la voz de alarma, se tocaron á fuego las campanas y todos acudieron provistos de cacha-

rros llenos de agua á extinguir el fuego. Gracias al ardor con que trabajaron los religiosos, ayudados por algunos de los muchos seglares que acudieron, pudo apagarse en sus principios. Dos frailes más animosos treparon por el tejado hasta la cumbre, ataron á la cruz una cuerda, y agarrados á ella, pudieron subir luego algunos bomberos para quitar las tejas y poder extinguir los últimos residuos del incendio.

La policía y la guardia civil prestaron buen servicio, despejando las bóvedas y escaleras de la muchedumbre de gente que acudió, en su mayoría nada más que á curiosear y á estorbar.

No faltaron entre tantos algunos desalmados que mostraban alegrarse de lo ocurrido con palabras cuyo digno correctivo sería haber arrojado á quien las profería desde la bóveda al pavimento de la Iglesia.

Justo es mostrar también nuestro agradecimiento al señor Gobernador, al señor Alcalde y al señor Coronel militar; al primero por haber venido él mismo y á los otros por haber enviado sus representantes á enterarse de la magnitud del siniestro y ofrecer sus servicios. Todos se lamentaban por el abandono en que la Comisión de Monumentos tiene un edificio de tanto mérito artístico, pues en toda su grande extensión no hay ni un sólo pararrayos. Y si todavía dejasen á los religiosos en libertad para introducir las mejoras y reparaciones que ellos creyeran necesarias...

En fin, por esta vez la Providencia Divina nos ha librado de una catástrofe. Ella haga que no vuelva otra tormenta, porque seguramente nos cojería tan indefensos en lo humano como la pasada.

FR. J. VAYELLO.





MISCELANEA

El Problema de la educación.—Presentóse al sabio pedagogo suizo Enrique Pestalozzi, cierto día, un padre con un niño de la mano.

—Señor, le dijo, vengo á que eduquéis á mi hijo.

—¿Qué verdades queréis que le enseñe?—preguntó el sabio.

—Enseñadle á creer en Dios.

—¿Qué destinos queréis que le muestre, para que su voluntad se proponga realizarlos?

—Señor, enseñadle á que ame á Dios.

—¿Qué amores ansiáis para el corazón de vuestro hijo?

—Enseñadle á que ame á Dios, señor.

—¿A qué cantón pertenecéis? ¿Cuál es el Dios que queréis para vuestro hijo?

—El Dios de la verdad, señor; que no puede ser otro que el Dios de los católicos.

—Al oír vuestra respuesta—dijo Pestalozzi—inclinado estoy á deciros que os llevéis á vuestro hijo y lo eduquéis, porque solo el que concibe un plan tan perfecto de educación puede realizarlo; pero vos, no sólo seríais un gran maestro para vuestro hijo, sino que lo habéis sido para mí en este momento. Marchaos tranquilo; vuestro hijo será educado como deseáis, y dentro de este molde infinito desenvolveré los planes que Dios ha depositado en mi pensamiento, á los cuales habéis venido vos á darles forma, expresión y vida con vuestras respuestas llenas de sabiduría.

Buena lección.—Un jóven médico, que acababa de recibir el título, se encontraba en una reunión de gente culta. Llevado de su fatuidad y del deseo de atraerse la atención general, empezó á darse aires de incrédulo y con la mayor audacia combatió la inmortalidad y hasta la existencia del alma, terminando su perorata con estas palabras: «El hombre no es más que un animal como otro cualquiera». Todos los

oyentes le miraron indignados y un médico anciano y entendido le contestó en estos términos: «Señor mío, hasta el presente os trataba como á un colega; pero desde ahora dejo de consideraros como tal. Los que á mí me consultan son hombres con alma inmortal y no animales brutos. Usted dice que sus clientes no son más que bestias; por eso tomo para mí el título de *médico* y dejo para V. el de *veterinario*. Desde aquí en adelante no le permitiré tratarme como á un compañero. *¿Lo entiende V., señor veterinario?*

Todos rieron la oportuna ocurrencia del médico verdadero y el pobre veterinario comprendió que no todos se tenían en tan bajo concepto como el que él se había formado de la humanidad.

Testimonio de un incrédulo.—El famoso Littré, que después de una larga vida de incredulidad murió por la misericordia divina en el seno de la Iglesia Católica, tenía por esposa á una mujer piadosísima y virtuosa hasta el heroísmo.

El día del nacimiento de la hija de Littré, este dijo á su esposa:

—Tú eres mujer religiosa, teórica y práctica. Educa, pues, á nuestra niña en los hábitos de piedad que te son familiares. Sólo te pongo una condición, y es que, cuando la niña cumpla quince años, me permitas que la exponga mis ideas, para que ella las siga, si le parecen convenientes.

La señora aceptó; y, transcurrido el plazo marcado por el padre, una mañana entró en el despacho de éste la madre y le dijo:

—Vengo á cumplir mi promesa. Nuestra hija está dispuesta á escucharte con todo el respeto y la confianza que le inspira un padre á quien ama y venera de corazón. ¿Quieres que entre?

—No hay para qué, contestó el filósofo racionalista, —¿con qué objeto? Si es para que yo le exponga mis opiniones, ¡mil veces nó! Tú has hecho de ella una criatura bondadosa, delicada, sencilla, ilustrada y feliz. ¿Crees tú que yo tendría valor para turbar con mis ideas esa pureza y esa felicidad? ¡Mis ideas! Pueden parecerme buenas para mí mismo; pero, ¿quién me garantiza que con tales ideas no se corre peligro de destruir ó de menoscabar la obra de educación que en

ella has realizado de un modo tan perfecto? Que venga, sí, para que me vea bendecirte y bendecir también lo que por ella has hecho, y de este modo te venere y te ame más cada día.

Receta intelectual.—Preguntaron al gran emperador católico Carlos V por qué no había asistido á las célebres disputas públicas que hubo en Alemania entre los teólogos católicos y los protestantes en tiempo de Lutero, y respondió el prudente monarca:

—No asistí, porque siempre pensé que, como no soy teólogo, si acaso me entraba en la cabeza alguna objeción herética y no sabía comprender la solución ¿quién me podría sacar aquella mala semilla?

La respuesta es admirable y de mucha aplicación en estos tiempos de libertad, en que cualquier mal aprovechado estudiante se cree facultado para leer toda clase de libros por malos que sean. Así nos admiramos al ver la audacia y aplomo con que exponen los mayores disparates y los más funestos errores, sin tener conocimiento de lo que dicen.

Rasgo de un poeta.—Un poeta francés había sido invitado á comer por el doctor Gistal, celebridad médica muy distinguida. Al servirse el café, rogó el doctor á su huésped con mucha insistencia que le honrase con alguna improvisación.

—Con mucho gusto, respondió el escritor y en presencia del galeno, que atentamente le observaba, empezó á escribir la siguiente cuarteta:

«Teniendo el doctor Gistal
este pueblo ganó tanto,
que se cerró el Hospital.....

Al llegar aquí le interrumpe el doctor muy satisfecho y en tono de modestia:

—Vamos, no sea V. adulator.

Pero el escritor terminó la cuarteta de este modo inesperado:

y abrióse otro camposanto».

Justo castigo.—Durante los sucesos de la revolución portuguesa, un malvado destruyó el monumento de la Inmacu-

lada que estaba junto al colegio de Campolide; otro en Setúbal ató una soga al cuello á una imagen de la Virgen y la arrastró por las calles; y un tercero en la misma ciudad quebró la cabeza de otra imagen. Pocos días después el primero sufrió un ataque de parálisis, á consecuencia del cual murió en el hospital arrepentido de sus culpas; el segundo murió repentinamente á los tres días, de una congestión; finalmente, el tercero se quedó con los miembros completamente paralizados. ¡Bien dice el adagio que Dios castiga sin piedra ni palo!

Un contraveneno.—Hemos leído un libro en que su autor asegura que el limón tiene virtud eficaz contra la mordedura de víboras. Si es cierto este descubrimiento, bien merece que se divulgue para bien de la humanidad. El escritor de que hablamos trae por confirmación de su aserto el siguiente caso que ocurrió hace poco en el Brasil y relataron los periódicos de aquella nación.

Un labrador fué mordido por una víbora de cascabel, que son de las que tienen el veneno más mortífero, mientras se hallaba trabajando en el campo. Con admiración de cuantos lo vieron, el herido no dió gran importancia al siniestro, sino que muy tranquilamente tomó un limón agrio, lo cortó en dos mitades, hechó encima sal común, las puso al calor de la lumbre, y, cuando hervían, se las aplicó alternativamente al lugar de la mordedura á modo de cauterio. Después de hacer esto por algunos instantes, ligó la pierna por más arriba de la herida y se volvió á trabajar tranquilamente. Gracias á esta curación no tuvo consecuencias fatales la mordedura y el labriego manifestó, que solamente después que sufrió el accidente, experimentó algún desvanecimiento de cabeza, pero que desapareció luego que se hizo la cura referida.

De todos modos y sin desconfiar de la anterior receta, lo mejor será ligar enseguida el miembro mordido por encima de la herida, ensanchar esta y chuparla para que salga el veneno, que bebido no hace daño alguno y emplear también otros remedios que aconseja la medicina.





SECCIÓN DE NOTICIAS

De España.—A primeros de Julio se cerraron las Cortes, pero el Sr. Canalejas sigue meditando nuevos proyectos de leyes, tan desdichados como los que hizo hasta el presente. Entre otros piensa presentar á las Cortes, después del verano, uno para la supresión de la pena de muerte, otro para implantar el divorcio, etc. Para presentar el de Asociaciones tendrá que contar con la Santa Sede, pues el Papa exigió esto antes de recibir al nuevo embajador español en el Vaticano Sr. Navarro Reverter.

—Los asuntos de Marruecos cada vez ponen peor aspecto. Los franceses cada día se muestran más irritados é intransigentes con los españoles, porque de ninguna manera quieren que nosotros les disputemos la influencia en dicho territorio. La intervención de Alemania, con la que no contaban, desembarcando algunas tropas en el puerto de Agadir, les sorprendió terriblemente y les obligó á suspender por unos días sus insultos á España. Ultimamente las autoridades españolas de Larache se vieron obligadas á prender á un agente consular francés por su imprudente conducta con los españoles y hé aquí que la prensa de Francia vuelve á la carga vociferando amenazas. Veremos en qué paran sus bravatas.

El Congreso Eucarístico.—Todos los asistentes al Congreso Eucarístico de Madrid confiesan que ha sido un triunfo colosal para la Religión Católica, y que ha superado en esplendor y número de concurrentes, á todos los Congresos Eucarísticos anteriores. Los actos más importantes que se verificaron durante los ocho días que duró fueron: El día 23 llegada á Madrid del Legado Pontificio, Eminentísimo Sr. Cardenal Aguirre, Arzobispo de Toledo, siendo recibido en la estación por numeroso público en el que figuraban comisiones de todas las clases sociales; se trasladó en un coche enviado por el Rey al Palacio Real donde se hospedó. Los días 24 y 25 concedió recepción pública para el clero y elemento seglar respectivamente, desfilando ante la presencia del Legado nutridas comisiones de todos los estados, corporaciones, etc. El día 28 tuvo lugar el acto conmovedor de recibir la Sagrada Comunión en los jardines del Re-

tiro más de *veinte mil* niños de ambos sexos, que después de la misa desfilaron ante el Legado entonando cánticos. En este mismo día se celebró en el templo de San Francisco el Grande la sesión de clausura del Congreso, epílogo digno de las otras muchas sesiones generales y particulares que en días anteriores se habían reunido en diversos lugares. A esta última sesión asistió S. M. el Rey Alfonso XIII, que leyó una hermosa alocución, y también, contra lo que se esperaba, Canalejas al frente de su Gabinete. El día 29 fué el acto más grandioso del Congreso, la gran procesión con el Santísimo por las calles de Madrid. Formaron en ella *cien mil hombres* en filas de á ocho, diez y hasta doce en fondo y aún así cubrían todo el trayecto que hay desde la iglesia de San Jerónimo al Palacio Real, más de dos kilómetros, de modo que cuando llegó la cabeza de la procesión á la plaza de la Armería, aún no había salido la gran custodia, en que iba el Santísimo, del templo de San Jerónimo.

El Legado Pontificio dió dos veces la bendición con el Santísimo, una en la plaza de Cibeles y otra desde un balcón del Palacio Real en que quedó reservado. Se calcula que entre las personas que iban en las filas y las que estaban presenciando el paso llegaban á medio millón. Fué un espectáculo como no verán otro muchos de los nacidos. Si se tiene en cuenta que al mismo tiempo se celebraban procesiones semejantes en todos los pueblos y ciudades de España se comprenderá que el día 29 de Junio fué una explosión de entusiasmo y de amor hacia Jesús Sacramentado.

El día 30 visitaron la ciudad de Toledo más de diez mil congresistas que oyeron en la Catedral una misa de rito mozárabe y admiraron los tesoros de arte que allí se conservan. Por fin en la noche de 1.º al 2 de Julio hubo en el Escorial solemne vela al Santísimo con asistencia de más de sesenta mil adoradores. S. M. la Reina Victoria sorprendió á todos gratamente al verla llegar de improviso en compañía de la princesa María Luisa, acercándose después los dos á recibir la sagrada Eucaristía de manos del Cardenal Legado.

El efecto que produjo el Congreso en la opinión fué inmenso. Los anticlericales, liberales y republicanos tuvieron que reconocer triunfo tan colosal y no es aventurado decir que á esto se debe el que á los pocos días se reanudasen las negociaciones con el Vaticano.

¡Demos gracias infinitas á Jesús Sacramentado por tan incomparable triunfo!

De Portugal.—La vecina república va resultando una casa de orates. Los atropellos contra personas y cosas se repiten todos los días por los más fútiles pretextos. Hace pocos días fué metido en la cárcel el Sr. Obispo de Portalegre por vestir traje talar. Los carbo-

narios persiguen encarnizadamente á los monárquicos, metiéndoles en lá cárcel por docenas, y, lo que es más grave, muchos de los presos mueren repentinamente ó se vuelven locos, lo cual atribuyen los periódicos á cobardes y horribles venganzas, verificadas por el veneno ó por otros medios misteriosos igualmente criminales. La guerra civil es la menor de las calamidades que sobrevendrá á Portugal, pues tal estado de cosas ni puede ni debe durar.

Decisión Pontificia —Por un reciente *Motu proprio* que empieza *Supremi disciplinae* determina S. S. Pío X lo siguiente:

«El precepto eclesiástico de oír la santa misa y abstenerse de toda suerte de trabajos serviles queda en vigor solamente para los días siguientes: Todos los domingos del año y, además, las fiestas de la Natividad, Circuncisión, Epifanía y Ascensión del Señor; la Inmaculada Concepción y Asunción de la Santísima Virgen; la festividad de los Apóstoles San Pedro y San Pablo, y finalmente la de Todos los Santos...

«La fiesta de San José se traslada al domingo siguiente al 19 de Marzo, la Natividad de San Juan Bautista al domingo anterior á San Pedro y San Pablo y la del *Corpus* al domingo siguiente á Trinidad».

De San Esteban de Salamanca.—Nuevamente nos ha honrado con su estancia en este convento el Ilmo. Sr. D. Fr. Máximo Fernández, Obispo Atudense, Dominico. El día 16 de Julio confirió la orden del Presbiterado á cinco Novicios, la del Diaconado á uno y la de Subdiaconado á seis.

—El día 26 de Julio empezó en la iglesia de San Esteban la solemne novena á Nuestro Patriarca, Santo Domingo de Guzmán que terminará el día 4 de Agosto festividad del Santo. Por la mañana en la misa de las seis se rezará el rosario y el ejercicio de la novena; por la tarde á las siete son los cultos consistentes en rosario, letanía cantada, ejercicio, plática y motetes. Los cultos del día 4 de Agosto van anunciados en la cubierta.

De Peña de Francia.—También en este santuario se honrará á Santo Domingo, como todos los años, con un novenario. El día 3 de Agosto se celebrarán solemnes funerales por los cofrades de Nuestra Señora de la Peña de Francia fallecidos durante el año. Por ellos serán también aplicadas las misas que en este día se celebren en el Santuario. Por la noche á eso de las nueve se acostumbra encender en lo alto del risco una grande hoguera y al verla las gentes de los pueblos suelen rezar el Rosario á las puertas de sus casas. El día 4 habrá también misa solemne, panegírico del Santo y proce-

sión con su imagen. En este día se gana jubileo en la iglesia del santuario.

Nuevas Beatificaciones.—El día 13 de Junio tuvo lugar en el Vaticano la segunda Congregación preparatoria, para discutir el heroísmo de las virtudes de la V. Sierva de Dios Benedicta Rencurel, terciaria de Santo Domingo.

—También el M. R. P. Saverio Faucher está recogiendo datos y preparando una memoria, para la introducción de la causa de beatificación de los numerosos mártires dominicos, sacrificados durante la revolución francesa.

Nueva Misión.—Los dominicos belgas se han encargado de una extensa misión en el Congo de Africa. Llenos de fe y entusiasmo se preparan á sembrar la doctrina católica en aquel país salvaje é insalubre.

Terciaria ilustre.—El día 25 de Junio falleció en Moncalieri, cerca de Turín, S. A. imperial y real la princesa María Clotilde de Saboya Napoleón, terciaria dominica. Vivía hace muchos años retirada del bullicio de la Corte y del mundo, dedicada á las obras de caridad y devoción, edificando con su ejemplo á todos y en especial á los habitantes de Moncalieri que la llamaban *la Santa*. Su muerte ha sido como su vida, la del justo, pues expiró con la sonrisa en los labios y la confianza en el corazón. Descanse en paz y Dios le premie largamente lo mucho que por su amor sufrió en esta vida.



BIBLIOGRAFIA

RESUMEN HISTÓRICO-CRÍTICO DE LA LITERATURA ESPAÑOLA, por Angel Salcedo y Ruíz, un volúmen de 436 páginas, impreso por la Casa editorial de Saturnino Calleja, Madrid. Precio de la obra, seis pesetas.

Muchos, casi incontables son los manuales de Historia de la Literatura que se han publicado hasta el presente y cada día salen otros nuevos á la pública luz. Apenas hay profesor de Instituto que no tenga el suyo, para servir de texto á sus discípulos á quienes se lo impone y hace pagar, por supuesto,

á precios exorbitantes. Apesar de tanta copia de textos, se notaba un vacío, la falta de un buen resumen, manual y completo, que abarcase cuanto hay de importancia verdadera en nuestra rica Literatura y lo expusiera depurado y ponderado según los progresos de la crítica moderna. Los adelantos verificados en los últimos años, la inmensa labor realizada en el terreno de la crítica histórica y literaria por maestros tan insignes como Milá y Fontanals, Menéndez y Pelayo, Menéndez Pidal, Rodríguez Marín, Blanca de los Ríos, Adolfo Bonilla y otros muchos, habían hecho inútiles y anticuados los resúmenes de algún valor ya existentes.

Angel Salcedo se impuso la dulce tarea de recoger el fruto de tantos trabajos y rehacer con ellos la Historia literaria de nuestra habla castellana. Su obra es completa, pues abarca toda nuestra Literatura, desde sus más remotos orígenes hasta las últimas producciones. En ningún otro manual de su clase hemos visto examinar tan perfecta y á la vez tan compendiosamente los precedentes (ante-romanos, latinos, romancescos, etc.), de la lengua castellana. Es obra juiciosa, porque da importancia á los autores y obras que la merecen, en especial, cuando recientes descubrimientos han aportado noticias y datos nuevos acerca de ellos. Está además escrita en estilo ameno, sin dejar nunca de ser didáctico, como era de esperar de escritor de tan relevantes prendas literarias.

Por todas estas cualidades y otras muchas que avaloran el mérito del libro de Angel Salcedo, no siendo de omitir su criterio sinceramente católico, que en nada perjudica á la independencia del crítico y del historiador, no dudamos en recomendarlo encarecidamente á nuestros lectores como obra de utilidad suma.



SALAMANCA.—Imp. Católica Salmanticense y Encuadernación.